

locó un modesto ataud, en cuya cabecera se leía un nombre: «Nanina».

En el otro se conducía a un pobre loco al manicomio. La gente, al verlo pasar, decía entristecida: «Es Antonio.»

Fritz Gluck.

Badalona.

TIERRA Y MAR

I

¡Oh mar! Un mundo se agita
Por tus olas rodeado;
Para siempre sepultado,
Otro mundo en tí palpita.

¡Qué bien en la soledad
Se hermana tu son doliente
Con el corazón que siente
Algo de tu inmensidad!

¡Cuántas veces, que te viera
Dormido en lángida calma,
Yo te hubiese dado un alma
Que como mi alma sintiera!

¡Mar gigante! Aunque te asombre,
Parecido es nuestro anhelo...
¡Tú eres espejo del cielo,
Yo soy espejo del hombre!

Del hombre, que siempre en pos
De lo que audaz anhelara,
Parece que hasta separa,
Su pensamiento de Dios.

II

Aun el hombre en lid horrenda
Lucha con hombres hermanos,
Y tiñe en sangre sus manos
En la terrible contienda.

Y pasan generaciones
En nueva lucha empeñadas,
Sobre tumbas profanadas
De olvidados panteones.

Se alzan en distantes zonas
Pueblos de iguales grandezas,
Y aún ciñen régias cabezas
Las vacilantes coronas.

Salvando espacios sin nombre
Vuela el pensamiento humano,
Y en clima ardiente y lejano
Vil esclavo gime el hombre.

Y al luchar en cruda guerra
Las naciones aterradas,
¡Debajo de sus pisadas
No se estremece la tierra!

Turban guerreros navios,
De muerte con ansia odiosa,
La majestad silenciosa
De tus desiertos sombríos.

Sufre el orbe infame yugo
En criminales torpezas;
¡Aun ruedan tristes cabezas
Bajo el hacha del verdugo!

Aun la mujer, con locura
Dá noble amor al desprecio;
Aun no sabe todo el precio
De su divina hermosura.

Muere el acento sonoro
Del noble vate que canta...
¡El mundo sólo levanta
Templos y altares al oro!

¡El siglo de la razón
Acaso incierto se eleva,
Porque es un siglo que lleva
La muerte en el corazón!

III

¡Mil veces, oh mar profundo,
Ambicioné sin reposo
Ser un sér tan poderoso
Que me obedeciese el mundo!

Y mil con hondo tormento
Contemplé tu poderío,
Con el leve aliento mío
Queriendo prestarte aliento.

¡Cuántas veces, que te viera
Cual hora dormido en calma,
Yo te hubiese dado un alma
Que como mi alma sintiera.

Tristes guerras, servidumbre...
Cuanto ofende al claro día,
En tu abismo se hundiría!
Bajo eterna pesadumbre!

Para hundirlo sin piedad
Yá tu fiereza recobra...
¡Toma el alma que me sobra
O dame tu inmensidad!!

CARLOS PEÑARANDA.

SETMANAL



UN CLOWN MES

A la adoloride Zara, mu-
ller de Tobias.

*Per la fosca carretera avansava am calma de
malalt la grinyolaire carabana de vianants bo-
hemis.*